

TIPOFILOGIA

RIVISTA INTERNAZIONALE
DI STUDI FILOLOGICI E LINGUISTICI
SUI TESTI A STAMPA

DIRETTORE · EDITOR

Antonio Sorella

Cattedra di Storia della lingua italiana
Dipartimento di Studi Classici dall' Antico al Contemporaneo
Via dei Vestini 31, Campus Universitario di Chieti, I 66013 Chieti,
sorella@italianistica.it

COMITATO SCIENTIFICO · EDITORIAL BOARD

Patrizia Botta · 'Sapienza', Università di Roma

Marco Dorigatti · University of Oxford

† *Conor Fahy* · University College of London

Neil Harris · Università di Udine

José Manuel Lucía Megías · Universidad Complutense de Madrid

Antonio Ricci · York University of Toronto

Brian Richardson · University of Leeds

Jason Scott-Warren · University of Cambridge

Antonio Sorella · Università 'G. d'Annunzio' di Chieti-Pescara

Wayne Storey · Indiana University, Bloomington

Dominique Varry · ENSSIB (Ec. nat. super. des Sc. de l'Information
et des Bibliothèques) de Lyon

Michelangelo Zaccarello · Università di Verona

RESPONSABILE DELLA REDAZIONE

Pierluigi Ortolano

REDAZIONE

Annalisa Civitareale, Claudio Di Felice, Aviva Garriba,

Monica Spacca, Elisabetta Vaccaro

★

«Tipofilologia» is an International Peer-Reviewed Journal.

The eContent is Archived with *Clockss* and *Portico*.

TIPOFILOGIA

RIVISTA INTERNAZIONALE
DI STUDI FILOLOGICI E LINGUISTICI
SUI TESTI A STAMPA

4 · 2011



PISA · ROMA
FABRIZIO SERRA EDITORE
MMXII

Contributi

Le proposte di nuovi contributi vanno inviate al Direttore della rivista e, una volta accettate, saranno sottoposte alla revisione di arbitri anonimi, secondo la prassi delle migliori riviste scientifiche internazionali.

Amministrazione e abbonamenti
FABRIZIO SERRA EDITORE®
Casella postale n. 1, succursale n. 8, I 56123 Pisa,
tel. +39 050 542332, fax +39 050 574888

I prezzi ufficiali di abbonamento cartaceo e/o *Online* sono consultabili presso il sito Internet della casa editrice www.libraweb.net.
Print and/or Online official subscription prices are available at Publisher's web-site www.libraweb.net.

I pagamenti possono essere effettuati tramite versamento su c.c.p. n. 17154550 o tramite carta di credito (*American Express, Visa, Eurocard, Mastercard*)

*

Autorizzazione del Tribunale di Pisa n. 20 del 14 giugno 2007
Direttore responsabile: Fabrizio Serra

Sono rigorosamente vietati la riproduzione, la traduzione, l'adattamento, anche parziale o per estratti, per qualsiasi uso e con qualsiasi mezzo effettuati, compresi la copia fotostatica, il microfilm, la memorizzazione elettronica, ecc., senza la preventiva autorizzazione scritta della *Fabrizio Serra editore*®, Pisa · Roma.
Ogni abuso sarà perseguito a norma di legge.

*

Proprietà riservata · All rights reserved
© Copyright 2012 by *Fabrizio Serra editore*, Pisa · Roma.
Fabrizio Serra editore incorporates the Imprints *Accademia editoriale*,
Edizioni dell'Ateneo, *Fabrizio Serra editore*, *Giardini editori e stampatori in Pisa*,
Gruppo editoriale internazionale and *Istituti editoriali e poligrafici internazionali*.

*

www.libraweb.net

ISSN 1971-9086
ISSN ELETTRONICO 2035-3065

SOMMARIO

CONTRIBUTI

- JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS, *Elogio del texto: de la oralidad a la era digital* 11
ELISA TRECCANI, *Il sistema interpuntivo e paragrafematico dei Sonetti iocosi & da ridere fra 'scribal edition' e stampe antiche* 25

STAMPATORI E STAMPERIE

- GENNARO TALLINI, *I Sessa editori luganesi a Venezia e l'integrale de L'Opere di Virgilio Mantoano [...] (1580-1597)* 41

MAESTRI

- PIERLUIGI ORTOLANO, *Pasquale Stoppelli e la filologia dei testi a stampa* 69

CENTRI DI RICERCA

A CURA DI MICHELANGELO ZACCARELLO

- School of cultural texts and records, Jadavpur University* 83
Norme editoriali della casa editrice 87

ELOGIO DEL TEXTO: DE LA ORALIDAD A LA ERA DIGITAL¹

JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS²

Los últimos años del siglo xx y los primeros del xxi han sido testigos de una polémica, en muchos casos encarnizada y por lo demás inútil, sobre el futuro del libro en la Sociedad de la Información y del Conocimiento. Polémica que se ha llenado de lugares comunes, y que ha encontrado en la confusión de los conceptos y en la difusión de miedos y derrotas campo abonado para llenar páginas y páginas de banalidades. Muchos han sido los que se han acercado al tema desde diversas perspectivas y con particulares objetivos: periodistas, escritores, bibliotecarios, editores, tecnólogos, gurús de todo tipo y pelaje... pero no deja de ser curioso cómo en estas agrias polémicas los filólogos, los editores y estudiosos de los textos, hemos quedado relegados a un segundo plano, ya sea por propia voluntad, ya sea como espejo de la situación actual de la filología (y de la propia universidad) en el entorno cultural y científico de nuestro tiempo. Polémica, la del futuro del libro, que ha suscitado coloquios y seminarios a lo largo y ancho de todo el mundo, que ha dado lugar a libros y artículos de todo tipo, y que siempre consigue abrirse paso en las truculentas páginas de los periódicos o en los valiosos segundos de los informativos televisivos. Polémica que en los últimos años del siglo xx se llenó de tintes apocalípticos (como correspondía a un cambio de milenio) en que se llegó a hablar de la destrucción de la cultura occidental si desaparecían los libros, y que hoy en día se recuerda como un eco lejano de una pesadilla que se quiere olvidar.

Durante el pasado mes de junio de 2011, se celebró en la ciudad italiana de Monza un encuentro auspiciado por la UNESCO, para tratar precisamente el tema “Il libro domani. Il futuro della scrittura”. Coloquio en que sobresalían bibliotecarios y editores, por número de participantes, y al que también acudimos representantes de corporaciones empresariales y de universidades; tres días en que tuvimos ocasión de compartir experiencias a partir de tres perspectivas: “La economía de E-book”, “Derechos de autor en la era digital” y “La biblioteca digital”. De la experiencia, destaco ahora dos conclusiones que me parecen pertinentes como punto de partida para tratar el tema que quiero exponer en los siguientes minutos: por un lado, la gran diferencia al afrontar el reto digital desde la perspectiva de los países desarrollados (especialmente los europeos) y de los países en vías de desarrollo. Quisiera detenerme tan solo en dos ejemplos con el objetivo de mostrar cómo la digitalización se vive de diferente manera según el lugar en que nos situemos, o como una amenaza o como una promesa: si por un lado, los primeros, los representantes de bibliotecas y centros de investigación europeos o estadounidenses, solo hablaban de problemas y de riesgos del control del patrimonio (con la sombra de Google y su proyecto mundial de digitalización siempre en el horizonte de sus discursos), los segundos veían en la digitalización un medio para dar el salto tecnológico que

¹ Este texto constituyó mi lección en la aposición a Cátedra de Filología Románica, defendida el 16 de Julio de 2012 en la Universidad Complutense de Madrid.

² Universidad Complutense de Madrid.

permitiera disminuir el abismo que les separa desde el siglo xx. Y por otro lado, si los países desarrollados habían volcado (casi) toda su atención en la digitalización de los valiosos fondos patrimoniales que se conservan en sus bien organizadas y estructuradas bibliotecas (con presupuestos públicos millonarios que harían enrojecer a más de uno y el debate sobre la prioridad o no de un determinado material), los países en vías de desarrollo veían en el medio digital una posibilidad de dar respuesta a sus retos de bibliotecas multilingües (como por ejemplo, la India, con más de veinte lenguas oficiales y multitud de dialectos), de bibliotecas que también albergaran la cultura oral (tan esencial en África, como expresó el representante de Ghana) o de aprovechar para difundir los textos en medios de lectura asequibles y comunes a la mayoría de la población: mientras que muchos de los ponentes europeos y de Estados Unidos hablaban de los e-readers, de las tablets, de las dificultades de acceso a la información que podían ocasionar con diferentes sistemas de codificación... el representante de Sudáfrica y una editora japonesa expusieron cómo en sus países este problema del “soporte de lectura universal” estaba ya superado: el teléfono móvil. Siendo esta doble mirada bien interesante (sobre todo en las experiencias de alfabetización digital que se estaban consumando en muchos países), también quería resaltar cómo, a pesar del subtítulo del coloquio (“el futuro de la escritura”), el *texto* fue el gran ausente de los debates y discusiones: el medio (ya sea analógico o digital) se ha impuesto en el análisis como si fuera realmente el elemento esencial del cambio que estamos viviendo en el presente. Los propios temas de debate no dejaban mucho margen a las sorpresas. ¿Cómo mantener el sistema de control y de derechos de autor en el mundo digital partiendo del mundo analógico? ¿Del copyright al copyleft, o a las licencias creative commons? ¿Cómo mantener el sistema de negocio editorial en la era digital, cuando los objetos con que se comercia no son físicos?

Frente a esa perspectiva, la perspectiva de las industrias editoriales y tecnológicas, la perspectiva política y empresarial, la perspectiva bibliotecaria y archivística, me interesa en estos minutos recuperar la perspectiva filológica, la que tiene que ver con la esencia de nuestro trabajo científico: la edición y análisis de los textos, tanto del pasado como del presente y así aventurarnos a imaginar o soñar el futuro. Una perspectiva que coloque al texto en el centro de la discusión, en la pista central de nuestro interés y que intente, desde una formulación diacrónica, plantear las claves y las bases del concepto de texto digital como motor de los cambios en la Sociedad de la Información y del Conocimiento en que estamos inmersos. Solo desde el conocimiento del pasado podemos adentrarnos en los desafíos textuales del presente. En otras palabras, me gustaría poder dar alguna clave, alguna respuesta a las siguientes preguntas: ¿Qué tiene de revolucionario el texto digital? ¿Por qué el texto digital no se ha instalado como debía en nuestras vidas, en nuestros modos de crear y de difundir el conocimiento y la información? ¿Qué aportes puede ofrecer la filología, y en concreto la crítica textual a la edición, difusión y análisis de los textos en el siglo xxi?

1. PRIMER ESPEJISMO, PRIMERA CONFUSIÓN: DE LA GALAXIA GUTENBERG A LA GALAXIA GOOGLE

Desde la difusión y universalización de la Web (y de un nuevo modelo textual y de conocimiento que se llamó en su momento hipertexto y que ahora anda en busca de un nuevo nombre), en muchos trabajos de investigación se viene hablando de una “revolución” en el campo de la información y del conocimiento que se ha comparado con

la vivida en Europa a mediados del siglo xv con el nacimiento de la imprenta. De la Galaxia Gutenberg a la Galaxia Google, pasando quizás por la Galaxia Bill Gates o por la Galaxia Steve Jobs. La idea y la imagen de esta nueva revolución textual, creada y difundida desde las prestigiosas universidades y editoriales de Estados Unidos (apoyadas en un marketing irreprochable y control de los sistemas de comunicación periodístico), se apoya en una tesis fallida, en un espejismo, como lo es el prestigioso e influyente libro de Elizabeth Eisenstein: *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna Europea*, publicado en 1983. El silogismo parece casi de factura infantil: si Gutenberg con su invento de la imprenta consumó una revolución en el saber y el conocimiento en el siglo xv, llegando a dar comienzo a una nueva era de la que todos somos herederos en nuestra cultura occidental; de la misma manera, el hipertexto, las TICs y las nuevas posibilidades de las tecnologías informáticas supondrán una nueva revolución, que llegará a crear con el tiempo un nuevo modelo de conocimiento y de acceso al saber, a la información, y, tal vez, ¡por qué no!, un nuevo modelo de sociedad. Pero ni a finales del siglo xv (ni durante la centuria siguiente) “la reproducción de materiales escritos empezó a desplazarse desde el pupitre del copista al taller de impresión”, ni mucho menos este cambio “revolucionó todas las formas de conocimiento”, por solo citar dos frases introductorias del libro de Eisenstein.¹

La Galaxia Gutenberg, a pesar de los elogios y autoproclamas publicitarias del xv y de algunos investigadores del siglo xx, no supuso un cambio en la configuración textual que se había ido imponiendo en el universo del manuscrito a lo largo de la Baja Edad Media, un universo que en el siglo xv verá cómo triunfa el concepto de “libro unitario”, en que la unidad textual se corresponde con una unidad física, frente al concepto de “compilatio”, que había sido el triunfante en los siglos anteriores, y que permite comprender buena parte de los modelos textuales medievales, a partir de los modelos religiosos latinos imperantes en la Alta Edad Media. Libro unitario y tipo de escritura (gótica o romana) encontrarán su reflejo en los modelos editoriales que se irán multiplicando en la Europa incunable; y los textos medievales alternarán su difusión en estos primeros decenios entre la copia manuscrita y la copia impresa, indistintamente. Pero la compleja tecnología de la imprenta, de este medio que permite la multiplicación de las copias de un mismo texto con escasas variaciones entre los ejemplares que constituyen una tirada, una edición permitirá ampliar y mejorar dos aspectos que ya encontramos en el universo medieval de la copia manuscrita, pero que a partir del siglo xvi se conformarán como básicos en la difusión impresa: me refiero por un lado al estricto (y posible) control de todo aquello que se difunde gracias a esta nueva tecnología; y por otro, a la consolidación de una “industria editorial”, que no solo permite multiplicar los libros impresos sino que tiene la necesidad de encontrar compradores (y no tanto lectores) para poder recuperar la inversión económica realizada en el mínimo tiempo posible, de ahí que la industria editorial vaya perfeccionando sistemas de publicidad y géneros editoriales para poder situar en el mercado sus productos. Si en el primer caso, la legislación y el control sobre lo publicado, ha ido evolucionando a lo largo del tiempo desde las Bula *Inter multiplices* del Papa Inocencio VIII de 1487, o las primeras legislaciones de los Reyes Católicos en suelo peninsular en 1502, hasta nuestros días, no puede decirse lo mismo del modelo económico de la industria editorial, que, aunque ha mejorado y

¹ Cito por la traducción de Fernando Bouza, Madrid, Akal, 1994, p. 15. La frase reproducida constituye las primeras líneas de su estudio, su punto de partida.

modificado la tecnología de la impresión de libros (de la impresión manual hasta la digital, pasando por el offset), se ha mantenido muy conservadora en el modelo de negocio, que parte de una impresión de ejemplares de un determinado título que ha de colocarse en el mercado (gracias a las librerías y las ferias de libros, mediante los distribuidores) para llegar al comprador más cercano, con el agravante económico de su conservación, almacenamiento y distribución.

El invento de Gutenberg de la multiplicación de las copias mediante una nueva tecnología mecánica, el “ejército de soldados de plomo” que son los tipos y que terminaron por conquistar Europa a lo largo y ancho del siglo XVI, no supuso un cambio en la “configuración textual” (a fin de cuentas, un libro impreso es un códice reproducido por otros medios diferentes a la tecnología de la escritura manual), pero sí una gran transformación del modelo de negocio, de difusión y de transmisión (y si queremos de control de la creación, con sus repercusiones en temas, motivos y géneros). Este es el modelo de “libro” que ahora se ve amenazado con la llegada de nuevos medios de transmisión y de difusión que se basan en una nueva tecnología, la digital, que atenta contra uno de los elementos esenciales de la industria editorial tal y como se creó en el siglo XVI y tal y como ha llegado hasta nuestros días: la materialidad del objeto con el que se comercia. Por eso, en la industria editorial se ha impuesto un concepto que se escucha hasta la saciedad en los foros en que se debate el presente y el futuro de estos temas: el concepto de “ecosistema del libro”, que comienza por el autor y termina por el lector, en que editores, distribuidores y libreros se presentan como eslabones necesarios, que están siendo atacados por los nuevos modos de transmisión digital que puede prescindir de ellos, especialmente de los distribuidores y libreros. Un ecosistema en que se plantea de manera clara una de esas confusiones conceptuales de las que hablaba al principio, ya que se equipara un medio de transmisión (el libro como objeto físico, al modo tradicional) con su contenido, con ese “texto”, que es escrito por un autor para ser recibido, leído o escuchado, por un receptor. ¿Acaso no es el mismo texto de *El sueño del celta* escrito por Mario Vargas Llosa, por citar al último premio Nobel que hace unos meses visitó esta misma facultad, ya sea transmitido por medio de un libro impreso o por medio de un e-reader o en la red?

La revolución (si la hay) de la creación y difusión de textos en la era digital no puede venir tan solo por el cambio de soporte, del libro impreso al libro electrónico, por más que la industria esté empeñada en vendernos las ventajas de los e-readers de tinta electrónica, sino que ahonda sus raíces en la propia esencia del texto escrito: en la oposición entre escritura y oralidad, en esta compleja y fascinante relación entre la oralidad y la escritura, de la que tanto tienen que decir los autores y los textos durante la Edad Media. Y no solo.

2. DE LA ORALIDAD A LA PRIMERA TEXTUALIDAD

La escritura, a pesar de su antigüedad, no deja de ser una tecnología relativamente moderna. Se habla del 3500 a.C. como la fecha aproximada para datar la primera escritura, la conocida como cuneiforme mesopotámica; los jeroglíficos egipcios son del 3000 a.C., la escritura lineal B (de naturaleza silábica) de la cultura minoica o micénica es del 1200 a.C., teniéndonos que remontar al siglo IX o tal vez al VIII a.C. para encontrarnos con la escritura griega. Si nos adentramos en otros ámbitos geográficos, hablaremos de dataciones muy similares: la escritura del valle del Indo se data en el 3000-2400 a.C.,

la escritura china al 1500 a.C., mientras que las escrituras americanas ya se fechan en nuestra era: la maya en el 50 y la azteca en el 1400. Valgan estos datos, que tienen en cuenta la escritura más allá de la capacidad del *homo sapiens* (con más de cincuenta mil años sobre la tierra) de representar su realidad en diversos espacios con variados instrumentos, para mostrar la “juventud” de una tecnología (la escritura) que ha venido desde el siglo IV a.C. a tener un papel protagonista en nuestra cultura occidental, tanto en la creación y conservación como en la difusión de información y conocimiento a partir de determinados modelos textuales. Una tecnología que, a pesar de su éxito posterior, durante muchos siglos compartió ámbitos de prestigio y de uso con la oralidad, con la que siempre ha mantenido una particular relación de dependencia.

La escritura nace por una necesidad práctica, vinculada a actividades comerciales. No es extraño que el alfabeto griego, el que permitirá abrir la escritura a la democratización del saber y del conocimiento, surgiera a partir de la adaptación del alfabeto de uno de los pueblos comerciales que dominó el Mediterráneo en la antigüedad: el fenicio. La escritura, como tecnología, frente a lo que sucede con la oralidad, necesita de una serie de herramientas externas, que permiten su enseñanza y aprendizaje, ya que están basadas en unos signos arbitrarios, artificiales: las grafías, que desembocarán en el alfabeto. En un alfabeto. Y entre todos los alfabetos (desde una perspectiva occidental, por supuesto) sobresale el griego, base de la “democratización” de la escritura que se difundirá en las polis griegas a partir del siglo VIII a.C. (o quizás el siglo IX). Esta democratización pasa por permitir a una gran parte de la población poder “aprehender” esta tecnología, con lo que se hizo necesario realizar una serie de cambios, que resultaron especialmente revolucionarios: ¿el primero? La creación de las vocales (procedentes de la adaptación de la forma de consonantes del alfabeto arameo, como son a [alfa], e [épsilon], o [ómicron] e u [ypsilon], o de nueva creación, como la i [iota]), que permite una universalización del aprendizaje de los signos, sin necesidad de introducir las vocales en el propio proceso de lectura. La aparición de las vocales en el alfabeto griego permitirá, con el tiempo, otra de sus características: la posibilidad de alejarse completamente de la lectura oral, ya que los signos externos de la escritura son en sí una unidad que no necesitan de la voz para completarse, para tener conciencia de “texto” completo, en que la escritura, las grafías que la conforman son solo un punto de partida, que ha de contar con la interpretación oral del lector al introducir las vocales para tener un “texto definitivo”. A partir del siglo V a.C., se impondrá también la lectura de izquierda a derecha, frente a la dirección contraria que han mantenido las lenguas semíticas. Pero aun siendo estos cambios sustanciales, tendremos que esperar a otros dos para poder hablar de una verdadera democratización de la escritura en Grecia, que se consumará entre los siglos V y IV a.C.

Las más antiguas inscripciones y muestras de la escritura griega (unos setenta fragmentos entre los siglos VIII y VII a.C.) las hemos conservado en piezas de arcilla depositadas en diversos enterramientos: vasija del Cementerio de la Osteria dell’Osa (descubierta en 1992), la encoche de Dipilón (conocida desde 1871), la copa de Néstor (descubierta en 1952). Pero estas inscripciones, casi todas ellas funerarias, así como las legales en piedra, tan solo son una pequeña muestra de la compleja vida que va adquiriendo la letra escrita en la vida cotidiana de la Grecia arcaica, muestra que nos sitúa ante algunos de los aspectos que indican la necesidad de esta nueva tecnología: sus perdurabilidad, su atemporalidad, su capacidad de la escritura para ser “archivo” de la memoria, más allá del escritor, más acá del lector. Una pequeña muestra que ha sobrevivido mejor al

paso del tiempo que otras escrituras, más abundantes, pero realizadas sobre soportes más perecederos. Como podemos imaginar, la escritura va a adquirir su esplendor más allá de la arcilla, más allá del conocimiento de unos signos solo accesibles a una casta privilegiada (como sucedía en la cultura mesopotámica y lo vemos también en la egipcia y en la espartana que, por cuestiones históricas muy concretas, será esencialmente una polis ágrafa), y ese nuevo soporte de escritura será, ni más ni menos, que el papiro. Un material de escritura que nace en abundancia en las riberas del Nilo, y del que los egipcios (o quienes dominen estas tierras) tendrán el monopolio. Un importante monopolio cuando el rollo de papiro se convierta en el medio habitual de transmisión del saber en todo el Mediterráneo. Pero los griegos, frente a lo que sucederá en Egipto, van a consumir un nuevo cambio, trascendental y revolucionario para la difusión de la escritura, para su futura democratización: frente al instrumento gráfico que utilizan los egipcios (un tallo de un junco), que hace que la escritura sea más bien una pintura (como sucede con la caligrafía china, por ejemplo), ahora se va a usar una caña más gruesa, rígida y hueca, para escribir sobre el papiro: el cálamo. La caligrafía con pincel supone un verdadero arte en sí mismo, que exige un atento control de la mano por parte del ojo, un duro entrenamiento para el que no todos están capacitados. La caligrafía con pincel es un arte para iniciados, arte que solo sabrán manejar los sacerdotes o los escribas que forman una casta privilegiada en Egipto y en Asiria. En cambio, escribir con un cálamo es una operación que todo el mundo puede aprender, con mayor o menor destreza. Y así, no extraña que en Grecia no haya corporaciones de escribas, y que la escritura, y con ella, los textos de muy diversa naturaleza estén a la mano de muchos: por la escritura alfabética, por el soporte de escritura y por el instrumento con que se hacen realidad las letras. Y cada vez más.

Y para completar este panorama de cambios – con una gran trascendencia ya que pone las bases de toda la cultura occidental –, sea necesario un tercer elemento: el acceso lo más universal posible a la tecnología de la escritura gracias a la generalización de la educación, que será uno de los baluartes, una de las banderas de identidad de Atenas. Educación que debe comenzar en el niño (no tanto en la niña) a partir de la edad de los diez años con el aprendizaje de las letras, para pasar luego a la lira.

Desde el siglo VIII a.C., cuando el alfabeto fenicio se adaptó a las necesidades del griego (de los diferentes griegos de la época), hasta la Biblioteca de Alejandría en época helenística, el texto escrito irá, poco a poco, asumiendo funciones que, desde un principio, estaban asignadas al texto oral; un texto, este último, mucho más complejo en su configuración que el escrito, ya que necesita de la interacción con la voz, con los gestos, con el propio tiempo del lector (ya sea él el receptor del mismo o un mero agente transmisor para que llegue a un grupo diferente de receptores, si pensamos en una lectura pública); texto, el oral, que solo existe en la lectura, en la memoria, con lo que se hace muy complicada su conservación. Jasper Svenbro, en su artículo de 1997 “La Grecia arcaica y clásica. La invención de la lectura silenciosa”,¹ ofrece una imagen del texto que resulta ilustrativa de su complejidad cultural. Vale la pena recordar sus palabras ya que ofrece una perspectiva que intenta recuperar modelos de lectura oral que hemos perdido y que es muy difícil comprender desde nuestra concepción del texto escrito:

¹ Publicado en *Historia de la lectura e el mundo occidental*, dirs. Guglielmo Cavallo, Roger Chartier, Madrid, Taurus, pp. 57-93.

Jugando con la etimología de la palabra “texto” (del latín *TEXTUS* ‘tejido’), tengo la impresión de que todo sucede como si el texto estuviere formado por una urdimbre escrita y una trama vocal, que se traban en la lectura y se destraban después. Dentro de esa concepción que yo creo que es fiel a la experiencia clásica del leer, el texto no sería por ende un objeto estático, sino el nombre de la relación dinámica entre lo escrito y la voz, entre el escritor y el lector. Así, el texto se convertiría en la realización sonora de lo escrito, escrito que no podría distribuirse o decirse sin la voz del lector (p. 69).

En un principio el texto oral será el mecanismo habitual de difusión de las leyes y de los textos literarios, como la epopeya homérica... pero, poco a poco, los textos legales se irán escribiendo (tanto en piedra como en rollos de papiro) para así preservarlos del paso del tiempo (y de la interpretación de los lectores), y, poco a poco, los textos filosóficos (especialmente los jonios) seguirán la misma senda; de ahí que en la Grecia clásica los límites entre la difusión (oralidad) y la conservación (escritura) cada vez sean más difusos, hasta llegar a desaparecer. Y ahí que la crítica de Platón (en boca de Sócrates en su famoso diálogo del *Fedro*) al texto escrito frente al oral, del “remedio para la memoria” convertido en “simple recordatorio”, ya sea un indicio de lo que se terminaría por imponer: el triunfo del texto escrito también para la difusión, más allá de la conservación, del que ya encontramos ejemplos desde el siglo VI a.C., como la famosa (y quizás hipotética) copia de la epopeya homérica mandada realizar por el tirano ateniense Pisístrato, con la finalidad de poder contar con un texto que debía ser leído en las famosas fiestas Panateneas, que él mismo había instaurado.

Cuando se consuma la posibilidad de la difusión a partir de la palabra escrita, y no solo su conservación, siendo esta difusión escrita fuente del conocimiento y del intercambio de ideas entre el autor y el lector sin más intermediario que la tecnología de la escritura, el texto oral, la oralidad como creación y difusión quedará relegada a las composiciones populares y tradicionales, a aquellas sociedades que han quedado fuera de la escritura que, como sucediera en las sociedades asirias y egipcias, marcará la diferencia dentro de la sociedad entre unas personas que tienen acceso a esta tecnología (la escritura), y con ella, la llave al conocimiento que se conserva y difunde en los rollos y códices, y aquellas otras que son solo depositarias de la misma a partir de lo que le cuentan y ellos consiguen memorizar. En sociedades medievales en que la escritura se encuentra recluida en lugares inaccesibles, se devolverá a la épica y a la poesía lírica la voz (y la música) como medios habituales de difusión. Oralidad y escritura que no constituyen una evolución, una lucha o un enfrentamiento sino las dos caras de una moneda, que se irán repartiendo funciones de difusión y de conservación según los modelos políticos, sociales y culturales de cada momento. Oralidad y escritura que, a pesar de estos cambios de usos y de las capacidades tecnológicas de su difusión (del rollo en papiro al códice medieval; del códice al libro impreso...), habían establecido sus límites en la capacidad mayor (oralidad) y menor (escritura) de interactuar con el receptor, aspecto este fundamental para los socráticos, que consideraban el diálogo como principio de la enseñanza y de la sabiduría. A esta oralidad, base de la cultura occidental, se le conoce como primera oralidad, y perdura hasta nosotros, aunque con funciones muy diversas de las que gozó en la Grecia arcaica y clásica.

Una segunda oralidad la encontramos en el siglo xx, con el desarrollo de nuevas tecnologías, de nuevos medios de difusión del saber: el teléfono, la radio, el cine o la televisión. Una segunda oralidad en que se mantienen algunos aspectos que son pro-

pios de la primera oralidad, y que explican parte de su éxito, frente a una determinada concepción de la escritura y del texto impuesto a partir del siglo XVI de la mano de la industria editorial y del control público sobre lo difundido, que en el siglo XVIII se unirá a la glorificación del autor como “creador” más allá de la *AUCTORITAS* y de la *IMITATIO*. Y los puntos en que coinciden la dos oralidades son la mística de la participación, su insistencia en un sentido comunitario, su concentración en el momento presente y el empleo de fórmulas. Pero, siendo muchas las similitudes, también son grandes las diferencias, a veces de posibilidades y de difusión: por un lado, la segunda oralidad ha sido capaz de engendrar un fuerte sentido de grupo, como la primera; pero este grupo es inmensamente mayor que el que podía esperarse en la oralidad griega o medieval: estamos viviendo en la “aldea global” según feliz formulación de McLuhan. Pero sobre todo la segunda oralidad utiliza la voz como medio de difusión, pero no así de construcción del discurso, que suele ser escrito. La oratoria se ha ido despegando de este apartado de la creación para limitarse al de la difusión, por lo que el orador ahora “lee” en voz alta su discurso, y no lo “escribe”, lo compone en la oralidad al mismo tiempo que lo va exponiendo, haciendo partícipe al receptor en el mismo, creándolo a partir de las reacciones de su auditorio.

3. EL TEXTO ESCRITO: LA TRANSFORMACIÓN DEL MEDIO

La escritura, la capacidad de volver una y otra vez al texto escrito antes de darlo por terminado para su difusión permite la creación y difusión de nuevos modelos textuales. Modelos textuales que tendrán que ver también con las características de los medios habituales de difusión en cada momento: el rollo permitía recuperar la idea de una lectura continua, de un texto continuo (como lo es el texto oral), pero limitaba la extensión de los mismos (como la memoria también obligaba a que el texto oral tuviera unas determinadas dimensiones y características); de este modo, se hizo obligatorio en Grecia y en Roma (no se olvide, una gran parte de la base de nuestra cultura occidental) la división textual cuando el texto debía ocupar varios rollos. Una división textual que, por ejemplo, en el caso de la *Iliada* y de la *Odisea* se impondrá en la Biblioteca de Alejandría, desde donde se difundirá un texto base corregido, una edición crítica *avant la lettre*, a todo el Occidente. El rollo, en papiro o en pergamino, permitía continuidad en la lectura del texto, pero no unidad, que era competencia de la *capsa*, la caja en que se colocaban los papiros que conformaban un determinado texto. El códice en pergamino (a partir del siglo II) vendrá a romper la continuidad de la lectura, pero a cambio hará posible una mayor acumulación de la información, creando nuevos modelos textuales, algunos de ellos característicos de la Edad Media, como es la *COMPILATIO*, la capacidad de conservar en un códice distintos textos – con mayor o menos implicación en su *ORDINATIO* – alrededor de un determinado tema. Al principio, estas compilaciones tendrán un marcado carácter religioso y litúrgico (y estos modelos textuales perdurarán hasta bien entrado el siglo XVIII, e incluso de manera manuscrita) o historiográfico, pero a partir del siglo XII, cuando el papel se convierta en una realidad en la Europa feudal, la compilación se convertirá también un medio habitual de otras obras en la tradición y transmisión románicas. Si en el siglo XII contamos con el *roman* artúrico, de narraciones en verso de escasa extensión, en el siglo XIII tendremos que hablar de las grandes compilaciones narrativas (*Vulgata*, *Pseudo Robert de Boron*...) donde se retoman estas narraciones sueltas y se les da un sentido, un principio (el cáliz de la última cena de Cristo y su

conservación en el tiempo) y un final (la muerte del rey Arturo); y lo mismo sucederá con la épica, con los grandes ciclos que parten de Francia, y posteriormente con los cancioneros, que retoman la lírica provenzal que, desde el siglo XII, triunfará en toda Europa, copiándose, imitándose, ampliándose en otras lenguas románicas: francés, italiano, catalán, gallego-portugués o castellano. Con el triunfo del humanismo en el siglo XV, como ya se ha indicado, se impondrá un nuevo concepto: frente a la compilación, en que la unidad textual viene dada por la organización del códice, por los textos que lo componen, ahora se abogará por el conocido como “libro unitario”, en que la unidad textual se relaciona con la unidad del soporte de difusión, al margen de que se trate de una obra extensa o corta, o haya varias obras que traten un mismo tema. Y este será el modelo que llegará a la imprenta, el que se impondrá gracias a una nueva tecnología para la multiplicación de los ejemplares, que ha hecho posible que la tecnología de la escritura perviva hasta nuestros días. La tecnología de la imprenta se irá perfeccionando con el paso de los siglos, incorporando las nuevas novedades tecnológicas de otros campos, que van desde la imprenta manual, con las prensas de madera a las imprentas digitales, que se apoyan en la tecnología informática para ofrecer ejemplares de libros impresos con escasas variaciones en lo que se refiere a la escritura de aquellos que salieron de la imprenta de Gutenberg y de aquellos otros que se impusieron a lo largo y ancho del siglo XVI. Son escasas las nuevas modalidades textuales creadas a partir de la aparición y consolidación de la imprenta. Por eso no extraña que en un alto porcentaje, los primeros textos que se imprimieron son los que se habían difundido en la Edad Media, con todos los cambios textuales necesarios para poder comunicarse con los nuevos lectores de la Edad Moderna. Cambios que pueden llevar a una reescritura total del texto, como así sucedió con el *Amadís de Gaula*, que Garci Rodríguez de Montalvo refundiera a finales del siglo XV a partir de un texto medieval que había gozado de un enorme éxito en Castilla desde su escritura a principios del siglo XIV. Texto, el de Montalvo, que debió imprimirse hacia 1496, seguramente en algún taller de Burgos o Valladolid (antes que de Sevilla), y que daría lugar, por su mezcla de aventuras caballerescas medievales con pensamientos y enseñanzas renacentistas, a un nuevo género literario: el de los libros de caballerías, uno de los pilares de la industria editorial castellana de todo el siglo XVI. Pero no puede decirse que la imprenta llegara a crear una nueva modalidad textual, el de la novela, ya que hunde sus raíces en la Edad Media, y habrá que esperar al texto del *Quijote* de Cervantes, y a la lectura que del mismo se hizo en Inglaterra en los siglos XVII y XVIII para hablar del nacimiento de la novela moderna. Algunos géneros como la poesía y el teatro permanecieron ajenos a la imprenta y se difundieron en copias manuscritas a lo largo del siglo XVI; el “Cancionero” como elección personal de un conjunto determinado de composiciones poéticas, en el orden en que el lector quisiera no podía compararse a los “cancioneros impresos”, que, aunque se imprimieron desde principios del siglo XVI, se ofrecían a un mercado y a un público bien diferente.

4. EL TEXTO DIGITAL: HACIA UNA SEGUNDA TEXTUALIDAD

Para adentrarnos en la naturaleza y ofrecer una definición de texto digital, vamos a recordar las palabras de Jasper Svenbro en 1997 al hablar del “texto oral”. Frente al texto escrito, que se basa en una tecnología estática, en unos signos aceptados por una comunidad de hablantes (alfabeto), que ha de estudiarse y memorizar para poder descodificar los textos realizados a partir de la misma, y que, por otro, lado, necesita también una

práctica para poder realizar su codificación, ya sea por medios manuales (cálamo, pluma, bolígrafo, lápiz...) como mecánicos (máquina de escribir, ordenadores...), el texto oral en realidad solo existe en “una urdimbre escrita y una trama vocal, que se traban en la lectura y se destraban después. Dentro de esa concepción que yo creo que es fiel a la experiencia clásica del leer, el texto no sería por ende un objeto estático, sino el nombre de la relación dinámica entre lo escrito y la voz, entre el escritor y el lector. Así, el texto se convertiría en la realización sonora de lo escrito, escrito que no podría distribuirse o decirse sin la voz del lector” (p. 69). Un texto complejo en su formulación ya que une, como las dos caras de una moneda, una tecnología y una experiencia: la escritura y la oralidad. Texto, el oral, que solo tiene sentido en una “relación dinámica” que implica, necesariamente, al lector, al receptor de la obra. Texto, el oral, rico en sus matices, en sus lecturas, en sus interpretaciones, en su capacidad de adaptarse al receptor, a sus respuestas, a sus contradicciones pero texto, el oral, que no tiene capacidad de conservación, que solo en la memoria – y en este caso, con la posibilidad de crear un nuevo texto oral a partir de su propia experiencia – encuentra un espacio para perdurar, un espacio frágil. El texto oral es de naturaleza inmediata y, en su difusión, se acompañará de elementos que permitan su recuerdo: fórmulas, motivos, rimas, versos de ahí que la poesía sea cauce perfecto en que la oralidad encuentra un lugar propio para difundirse.

Desde esta perspectiva podemos ahora entender mejor la nueva realidad que ofrece el texto digital frente a la tecnología de la escritura y de la codificación conocida hasta ahora; si al hablar del “texto oral” se hacía hincapié en la “urdimbre” (el tejido que subyace en la etimología de la propia palabra *texto*), ahora podemos adelantar un nuevo concepto: el de “capas de información”, propuesto por Maria Clara Paixão de Sousa en la siguiente definición:¹

Se pueden entender los “textos digitales” como capas de información matemática y humana de la información, que, combinados, forman lo que percibimos como “texto”. Definiremos, entonces, el “texto digital” como el texto cuyo proceso de difusión consiste en la codificación de la información por los lenguajes artificiales, y que se presenta materialmente como información lingüística codificada matemáticamente y representada con un forma de escritura humanamente legible.

El texto digital ofrece, entonces, una doble naturaleza: por un lado, mantiene y continúa la tecnología de la escritura hasta ahora conocida: la capa de información humana que se basa en una codificación lógica y en un registro de los signos gráficos de manera mecánica, y en una descodificación donde se da cita un proceso sensorial para poder llegar al sentido del signo gráfico, que se comprende gracias a un proceso lógico. Esta capa de información, que es la que tenemos en cuenta casi en exclusividad, es la que utilizamos – de una manera sofisticada si se quiere – cuando escribimos un texto en un ordenador (como el presente), en un procesador de textos que me indica en qué página me encuentro, y que tiene como finalidad difundirse en una impresión de ordenador que he hecho tan solo hace unas horas.

Pero junto a esta capa de información humana se ha incorporado otra capa de información matemática, una serie de procesos lógicos que yo, como usuario, no tengo por qué conocer, pero que son cruciales para que la tecnología informática funcione. En realidad, esta capa de información matemática es la que realmente hace funcionar el

¹ *Conceito material de 'texto digital': un ensaio*, «Revista Texto Digital», 5, 2 (<http://www.textodigital.ufse.br/>).

complejo entramado de operaciones que los ordenadores nos permiten realizar... tan solo que tanto el código de codificación como el de descodificación se presenta con la apariencia de una codificación lingüística, imitando los modos habituales de la tecnología de la escritura tradicional. Esta segunda capa de información es una tecnología invisible para los usuarios humanos

De este modo, en el texto digital contamos, como ya sucedía con el texto oral, con dos elementos que se dan la mano (escritura y oralidad en el primer caso y capas de información humana y matemática, en el segundo); dos elementos que, por esta razón, permiten al texto digital ofrecer un nuevo modelo de textualidad, que recoja los dos aspectos esenciales que la oralidad y la escritura poseen por separado: por un lado, la interacción con el usuario, con el receptor; y por otro, la conservación del mismo texto, compartiendo los tres, el texto oral, el texto escrito y el texto digital, la capacidad de difusión. De ahí, que podamos hablar del texto digital como de un modelo de una segunda textualidad en la que deberíamos seguir indagando, un camino que deja obsoletos los modelos textuales actuales y, sobre todo, los modos textuales que intentan imitar la escritura tradicional en los nuevos soportes informáticos.

En la definición que hemos aceptado y hacemos nuestra de “texto digital”, en que se habla de “capas de información”, en que se mezcla y complementa la información humana con la matemática, hemos de dar un paso adelante para poder precisar lo que tiene de innovador y de conservador este mismo concepto. O dicho de otro modo, ¿podemos definir como “texto digital” todo aquel objeto que ha pasado por una digitalización? ¿Acaso la reproducción digital de la página de un manuscrito o de un impreso antiguo (o moderno) hemos de entenderlo como una modalidad de texto digital? Todo lo contrario.

Dentro de la digitalización, y pensando en nuestro tema de análisis más que en esbozar un panorama general que resulta mucho más amplio y complejo, podemos establecer una gradación entre tres aspectos de la digitalización textual, teniendo en cuenta [1] su finalidad, [2] tecnología utilizada y [3] relación con los medios de transmisión analógico a los que ha dado lugar la tecnología tradicional de la escritura:

1. Reproducción digital de un manuscrito o de un libro impreso, ya sea por medio de la fotografía digital o el escaneado.

2. Creación o digitalización de textos con la pretensión de ser difundidos fuera del ambiente y de los medios de transmisión digitales, en especial, en el medio impreso: libros, documentos, páginas impresas... En este grupo se encuentran los textos generados (o digitalizados) por las aplicaciones de procesadores de textos más habituales (.doc, .odt, etc.), que basan su estructura y funcionamiento en los medios no digitalizados (la citada “página”, los márgenes, cabeceras, etc.), y que dependen de la citada aplicación para su visualización y comprensión; o de formatos que “cierran” el texto en una determinada imagen, como así sucede con el pdf, con todas las nuevas aplicaciones que Adobe va incorporando en los últimos años para poder dar respuesta a los desafíos del presente. En el universo de los lectores electrónicos de última generación se está imponiendo el formato epub, un estándar que permite realizar diversos cambios de maquetación en el texto electrónico, pero siempre teniendo en cuenta que la unidad de lectura es la página; página que procede del medio analógico, página que se imita en los e-readers, sobre todo en los de la segunda generación, aquellos que utilizan la tinta electrónica.

3. Y por último, tendríamos lo que propiamente sería el texto digital, que utilizaría procesos de codificación más transparentes, pensados no tanto para imitar o emular

modelos de transmisión propios de la era Gutenberg, como para poder ser visualizados en la pantalla del ordenador o de una tablet, aprovechando las posibilidades de la hipertextualidad, de la relación de la información en varios niveles (estructural y semántica). Lenguajes como HTML, XML o XHTML están en la base de los hipertextos, de estos textos digitales “propios”, donde las posibilidades de experimentación en el futuro son mayores, puesto que no se trata tanto de emular en el medio digital modelos textuales imperantes en el analógico, como indagar en sus nuevas posibilidades, donde la capacidad de relacionar información (por el creador, el lector y el propio medio) pueden ofrecer experiencias y posibilidades hasta ahora fuera de nuestros pensamientos e investigaciones.

De este modo, el texto digital (aprovechando esa capacidad de multiplicar sus secuencias de lectura gracias a los enlaces, a las posibilidades hipertextuales) permiten plantear un camino de innovación, que vaya más allá de la simple reproducción digital de objetos analógicos (fundamento de las bibliotecas digitales virtuales, ya sea de tipo patrimonial o generalista), o de modelos textuales que copian los modelos de transmisión del libro analógico, como proponen los procesadores de textos que utilizamos habitualmente. Estas dos modalidades de la digitalización de la información que nuestra sociedad ha generado hasta el momento es un paso necesario para poder contar en el nuevo medio digital con nuestro pasado, con el conocimiento que nos permita seguir profundizando y aprendiendo; poner “on-line” lo que está “off-line” por tratarse de dos tecnologías incompatibles (la digital y la analógica) es ya una realidad, y mucho más con las grandes inversiones públicas y privadas que se están haciendo, pero además se hace necesario que estos datos digitalizados se universalicen, se relacionen, se permita al nuevo medio organizarse de una manera que intente imitar los comportamientos de nuestro cerebro, en que hay, dentro de una determinada organización (los dos hemisferios que intentan controlarse mutuamente creando un equilibrio que conforma la esencia de nuestra personalidad y comportamiento, o de muchas de nuestras patologías), también la capacidad de asociar información procedente de diferentes fuentes, siendo la memoria todavía un misterio científico. Estamos en una primera fase de la definición y difusión del texto digital, en que se ha primado la acumulación de información (y en los últimos años la introducción de grandes cantidades de información analógica por medio de los programas de digitalización). Pero esta solo puede ser una primera fase. Hemos de comenzar (como se está haciendo ya), una segunda fase, en que se trabaje tanto desde el punto de vista tecnológico (programas cada vez más transparentes, codificación universal, facilidad de digitalización y de creación de enlaces hipertextuales, donde se prime la automatización...), hasta crear nuevos modelos de difusión y de arquitecturas de la información y de la participación, que vayan más allá de las cifras y del número de objetos digitales almacenados. El texto digital está llamado a revolucionar nuestros modos de acceder y difundir el conocimiento, como hasta ahora lo ha hecho con la información, pero lo hará cuando vayamos más allá de la simple acumulación de objetos digitales (como sucede en la gran mayoría de las bibliotecas digitales hoy accesibles en la red) y la imitación del texto escrito tradicional, el que ha superado con creces al permitir introducir elementos propios de la oralidad.

El texto digital encontrará en los nativos digitales, y no en nosotros inmigrantes más o menos convencidos de sus ventajas y posibilidades, su espacio propio para desarrollarse en todas su potencialidades. No olvidemos que hoy en día nos encontramos todavía en la fase del incunable del texto digital, en la fase de la imitación... aunque ya es tiempo

de comenzar a indagar en nuevas posibilidades de organización textual, más allá de las bibliotecas virtuales, de los modelos más tradicionales y obsoletos.

5. ELOGIO (Y NECESIDAD) DE LA CRÍTICA TEXTUAL EN EL SIGLO XXI

El texto digital, sus implicaciones para la creación de nuevos modelos textuales o para el desarrollo de plataformas de conocimiento o de nuevos modelos de bibliotecas digitales que permitan la edición, análisis y difusión de los textos antiguos, aquellos que fueron creados en ámbitos de recepción bien diferentes, solo puede comprenderse desde una perspectiva diacrónica, la que permite la filología. El resto de los debates están llamados a ser inoperante precisamente por no ser capaces de situar la nueva realidad en una cadena de tradición. Si algo enseña la Filología Románica, es a desarrollar una capacidad para relacionar, descubrir y analizar complejos entramados culturales, lingüísticos y literarios, a intentar comprender el objeto de estudio no como una isla sino como una pieza de un puzzle, en que pasado y futuro se dan la mano en el presente de aquello que estamos analizando. Y desde esta perspectiva, el texto digital se inserta, como representante de una segunda textualidad, en un universo de cambios y posibilidades que se aleja irremediablemente de la imagen empobrecedora de los cambios económicos y de control ideológico (tanto eclesiástico como civil) que supuso la aparición de la imprenta en el siglo xv.

La crítica textual, como disciplina científica, se impone, a mediados del siglo xix, de la mano de Karl Lachmann y de otros filólogos alemanes de la época. Una metodología pensada para editar (y comprender) de manera científica, siguiendo de cerca los aires positivistas del momento, los textos clásicos latinos y el Nuevo Testamento. De la mano de Gaston Paris, el método lachmanniano cruzó el mar proceloso y abierto de los textos románicos, y a principios del siglo xx contaremos con la eficaz crítica del filólogo francés, Joseph Bédier, y su nuevo “arte” de editar textos antiguos, que se conoce como “bedierismo”, así como la respuesta que nace del ámbito italiano (neolachmannismo), que ha permitido seguir avanzando y mejorando la metodología de la edición científica de los textos románicos transmitidos mediante la tecnología de la escritura manual a lo largo del siglo xx, más allá del principio, tan poco productivo para las transmisiones medievales, del error común. Y junto a este ámbito natural de trabajo, el de la edición de los textos que se han transmitido mediante copias manuscritas, la crítica textual se ha abierto en el siglo xx a otras tradiciones textuales que le ha llevado a plantear metodologías adaptadas a los nuevos problemas surgidos: la bibliografía textual para el caso de los textos difundidos por medio de la imprenta manual, y la crítica genética, para la edición y análisis de todos los materiales pre-textuales, aquellos que se encuentran antes de la configuración final del “texto”, ese que, desde el punto de vista ecdótico, entendemos como “última voluntad del autor”.

Y con la llegada de la tecnología digital, con sus nuevos medios de transmisión y las novedosas herramientas que ha puesto en nuestras manos para el análisis de los textos, ha nacido una nueva disciplina: la informática textual, que ha comenzado a dar sus frutos y que lo seguirá haciendo en los próximos años. Disciplina, que como sucede con la propia comprensión y configuración del texto digital, solo podrá adentrarse en el futuro con los conocimientos de la tradición, de la propia historia de la disciplina.

De este modo, la crítica textual ha de abrirse en el siglo XXI a diversos ámbitos hasta convertirse en la disciplina que estudie, de manera global el texto, abarcando tres campos de estudio:

1. La transmisión de los textos (en diferentes soportes y épocas, desde el rollo, el manuscrito, el impreso... hasta los soportes “orales”, los efímeros, los digitales...).
2. La comprensión de los textos, los cambios textuales sufridos en el proceso de su transmisión (a partir de testimonios), que se concreta en “ediciones científicas”: ediciones facsimilares y paleográficas (testimonios), críticas (texto), divulgativas, escolares...
3. La recepción de los textos, cómo y por qué motivos han sido modificados en su recepción; hasta qué punto se ha modificado su naturaleza textual y se puede hablar de nuevos “textos”; la recepción en otras lenguas, en otros formatos...

De este modo, la crítica textual en el siglo XXI, no puede limitarse a su primer objeto de estudio y particular metodología del XIX (la reconstrucción de los arquetipos de los textos clásicos difundidos de manera manuscrita a lo largo de la Edad Media), sino que tiene que abrirse a una concepción global del texto, entendido este en su complejidad y en su historia, desde la génesis a su transmisión, sin olvidar los nuevos retos y desafíos, las nuevas posibilidades que le ofrecen las TICs, con el diseño de nuevos modelos de edición, en que haga realidad uno de los principios de Gianfranco Contini, el padre del neolachmannismo: «ogni edizione (critica) altro non è che un'ipotesi di lavoro».

La crítica textual, dentro de las Humanidades Digitales, se presenta como uno de los campos más fructíferos para comprender el texto en su pasado y, así, poder editarlo, analizarlo y difundirlo para las próximas generaciones. Y solo desde la innovación, el abrirse a las nuevas posibilidades que las TICs ponen a nuestro servicio para diseñar nuevos modelos de edición, análisis y difusión podemos, desde la crítica textual, acompañar los cambios que, poco a poco, se están produciendo en los textos, en la difusión de la información. Solo desde el conocimiento de la tradición, de la metodología que ha ido transformándose y evolucionando a lo largo de estos dos siglos, podemos ofrecer respuestas eficaces e innovadoras a los desafíos editoriales y científicas actuales. La Filología Románica, la crítica textual románica, puede encontrar en las TICs, en las Humanidades Digitales un camino para mostrar su pertinencia y necesaria presencia en los futuros planes de estudio universitarios. Solo desde la perspectiva románica, globalizadora, multilingüística y multicultural podemos afrontar con éxito los retos del presente en la edición, análisis y difusión de los textos en la Sociedad de la Información y el Conocimiento.